



LOS NUEVOS ESCENARIOS DE LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

En el 40 Aniversario de la Constitución
Conciliar Gaudium et spes

CAMBIO SOCIAL, CAMBIO RELIGIOSO A LA LUZ DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS.

Víctor Renes Ayala
Instituto Social León XIII

**Aportación del Moderador
IV Seminario - 2005**

Fundación Pablo VI - Instituto Social León XIII

www.instituto-social-leonxiii.org

CAMBIO SOCIAL, CAMBIO RELIGIOSO A LA LUZ DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS.

De los “temores y esperanzas” en la sociedad del tiempo de *Gaudium et Spes*, a las “rupturas y crisis” en la sociedad del siglo XXI.

Los signos de los tiempos.

Antes de tratar los criterios y las claves de la presencia de la Iglesia en la sociedad, ‘*Gaudium et Spes*’ (GS) realiza una ‘Exposición preliminar’ que no debe ser considerada una simple introducción, casi obligada, pues constituye una toma de postura en la relación Iglesia – Mundo. Al contrario, forma parte de la propia autoconciencia de la Iglesia en sus relaciones con la sociedad.

La toma de conciencia de los cambios ocurridos en la sociedad, es también la toma de conciencia de su propia misión, pues entiende que su tarea evangelizadora se debe realizar desde el anuncio y la realización de nuevos referentes de sentido en el propio proceso de los cambios que recorren las sociedades: “Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas” (GS 4).

Los signos de los tiempos son un hecho bruto considerados en sí mismos. Se trata de hechos que caracterizan una época a través de los cuales se manifiestan las necesidades y las aspiraciones de la humanidad. Pero la cuestión no está en su pura descripción. Tomar conciencia de ellos es imprescindible, ciertamente. Ahora bien, de lo que se trata es de ‘interpretarlos a la luz del Evangelio’; o sea, entender la interpelación de Dios a través de ellos. Constituyen un reto histórico al convertirse en “vínculo entre los acontecimientos del mundo y la Iglesia, que es testigo de la Palabra”¹. Y en ese vínculo, los hechos se convierten en signos. La cuestión de los signos es, pues, la cuestión del ‘sentido’ a la luz del Evangelio, que desvela en qué medida tales hechos pueden ser signos del Reino.

Hechos, signos y misión de la Iglesia están, por tanto, en estrecha relación. Por ello es de destacar la ‘Exposición preliminar’ que hace GS antes de entrar en su primer capítulo. En ella reconoce lo que denomina ‘esperanzas y temores’ (nº 4) de la sociedad a la que destina su misión y constituye el ‘mapa de conocimiento’ del contexto social de GS, y de lo que debe constituir el ‘mapa de conocimiento’ de nuestro presente. De hecho, los siguientes nn. de GS (5-8) están dedicados a los cambios de diverso tipo ocurridos en el mundo. Esos cambios señalan, como contrapunto, las aspiraciones más universales de la humanidad (nº 9) de modo que, junto con los cuestionamientos producidos por esos cambios, se destacan las aspiraciones y los aspectos de potencialidad para la humanidad.

¹ Alarcos Martínez, Francisco José: “La ética en la vida pública”. Col. ‘Para vivir’. Ed. Verbo Divino. Estella. Navarra.

En esta presentación, destinada a tomar conciencia de los cambios ocurridos en las sociedades y de los retos que suponen a la misión evangelizadora de la Iglesia en la actualidad, se van a diferenciar dos partes: 1. los signos de los cambios destacados por GS; 2. los signos dominantes en las sociedades actuales.

Los rasgos de la sociedad de GS.

Esperanzas y temores

GS señala significativamente en el nº 4 los elementos más notables de lo que consideró los signos de los tiempos, de acuerdo a los cambios ocurridos en la sociedad de su época. Tales cambios constituían las esperanzas y temores de la humanidad en aquellos momentos, desde la conciencia de que estaban suponiendo una verdadera metamorfosis social y cultural. Por ello se pueden considerar una muestra indicativa de los aspectos económicos, políticos, sociales y culturales, desde una clara conciencia histórica. Y los considera como los puntos que marcan los rasgos fundamentales del mundo moderno:

1. el ser humano está ampliando su poder, pero no consigue someterlo a su servicio.
2. quiere conocer con profundidad creciente su intimidad espiritual, pero se siente más incierto de sí mismo.
3. descubre las leyes de la vida social, pero duda de la orientación que debe dar a ésta.
4. jamás el ser humano tuvo a su disposición tantas riquezas, posibilidades y poder económico, y sin embargo gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir.
5. nunca ha tenido el ser humano un sentido tan agudo de su libertad, pero surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica.
6. el mundo siente con viveza su propia unidad, pero se ve gravísimamente dividido por fuerzas contrapuestas.
7. siente su interdependencia en ineludible solidaridad, pero existen agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas, y ni siquiera falta el peligro de una guerra que amenaza con destruirlo todo.
8. se aumenta la comunicación de las ideas, pero los conceptos más fundamentales revisten sentidos distintos en las distintas ideologías.
9. se busca un orden temporal más perfecto, sin que avance paralelamente el mejoramiento de los espíritus.

Conciencia de la ambigüedad del presente.

Se ha dicho que GS, como el conjunto del Vaticano II, respira el optimismo reinante en la década de los sesenta del siglo veinte. Pero lo que es explícito y, por ello debe ser señalado con fuerza, es la conciencia de la ambigüedad de ese optimismo, pues señaló anticipadamente lo que constituían los riesgos del fracaso de ese optimismo. Los puntos anteriores señalan la debilidad sin negar la potencialidad. Por ello, en un contexto en el que no se aceptaba que pudiera ser frenado lo que se anunciaba como franquicia de las soluciones de los problemas, es de rigor señalar la clara conciencia histórica de GS de que los signos de los tiempos anunciaban realizaciones, sí; pero sólo si se construían desde los signos del Reino.

GS es muy consciente de esta ambivalencia. Por ello, además de señalar las cautelas necesarias ante los cambios que se estaban produciendo, señala con fuerza que esto no significa que se “promueva siempre el adecuado proceso de maduración de la persona y de las relaciones auténticamente personales” (nº 6). Esta conciencia de ambigüedad del proceso histórico en que se encontraba la sociedad del siglo veinte, manifestada a través de múltiples aspiraciones y reivindicaciones de mayor plenitud de humanidad (nº 9), no puede ocultar que no está asegurado su éxito en relación al proceso de personalización y de mayores cotas de humanización. Así nos lo dice en una síntesis que puede ser leída igualmente con ojos del siglo veintiuno: “De esta forma, el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino de optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad o el odio” (nº 9).

Los interrogantes del futuro.

Optimismo sí, pero en tanto los cambios que estaban extendiéndose al universo entero se realizaran desde los signos del Reino, que GS sabe expresar de una forma meridiana, o sea, como “maduración de la persona y de las relaciones auténticamente personales”. Por tanto, estos cambios deben responder a los interrogantes más profundos del ser humano: ¿qué es el hombre; cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía; qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio; qué puede dar el hombre a la sociedad; qué puede esperar de ella; qué hay después de esta vida temporal? (nº 10).

Lo que GS muestra en esa guía de los signos de los tiempos, es una clara conciencia de ambigüedad, no por los cambios en sí, sino porque el eje de los mismos debe ser el propio ser humano en su proceso de personalización. Y en la sociedad de mediados del siglo veinte no estaba claramente decantada que ésta iba a ser la orientación que tomarían. Más aún, había suficientes señales de que se estaban decantando del lado del desequilibrio. De hecho los graves “peros” que acompañan la guía antes enunciada así lo indican: “Una tan rápida mutación, realizada con frecuencia bajo el signo del desorden, y la misma conciencia agudizada de las antinomias existentes hoy en el mundo, engendran o aumentan contradicciones y desequilibrios” (nº 8).

La propia descripción que GS 8 hace de esos desequilibrios pueden ser tomados como referencia para nuestra tarea actual, pues la ambigüedad que acompañaba a los cambios ocurridos en la sociedad se ha decantado agudizando los desequilibrios que GS señalaba

oportunamente. Ya en los tres seminarios realizados en el Instituto S. León XIII² se han ido señalando no sólo diversos aspectos de los cambios sociales que están aconteciendo y sus ambigüedades, sino también los desequilibrios que recorren nuestras sociedades.

Por ello es una tarea importante y necesaria tomar conciencia del conjunto de los cambios que están ocurriendo en nuestras sociedades y de lo que constituyen ellos mismos en tanto que signos de los tiempos, como retos para la misión evangelizadora de la Iglesia según los principios y criterios propuestos por GS.

La aceleración del proceso histórico.

Del optimismo a la conciencia del riesgo.

En esta segunda parte, se van a señalar algunos de los signos dominantes en nuestras sociedades. Con ello no hacemos sino seguir la pauta marcada por GS pues la propia conciencia de la historia, de la historia como proceso de cambio, es un criterio destacado: “La propia historia está sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge y un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nueva síntesis” (nº 5).

Muchos de los rasgos de nuestras sociedades están ya presentes en la sociedad de mediados del siglo XX, la sociedad de la GS. Pero en este momento han tomado un sentido nuevo. ¿Por qué? Pues porque básicamente nos indican la dirección en que se ha ido resolviendo la ambigüedad señalada por GS, hasta ir constituyendo el aspecto dominante de las sociedades actuales.

Conviene señalar, como primera anotación, que no estamos en una década de optimismo. Por el contrario, hay una marcada señal de pesimismo debido a la conciencia de los desequilibrios y contradicciones que recorren la sociedad. De hecho, es común referirnos a nuestra sociedad como “sociedad del riesgo”. Y riesgo en sentido complejo, pues aunque el factor económico sea el factor dominante en la conciencia de nuestras sociedades, los cambios sociales ocurridos a partir de la crisis económica de la década posterior a la GS (crisis del petróleo, reconversiones industriales, ...) y, especialmente, las medidas adoptadas a partir de ella (nuevas tecnologías, cambios en el mercado de trabajo, ...), no han constituido solamente un nuevo marco económico, sino social y cultural también.

Postulados culturales.

Estamos asistiendo a un cambio que afecta con intensidad y cualidad a las estructuras económicas, políticas y culturales del modelo social. Los nuevos elementos que brinda el actual proceso de mundialización y sus necesidades culturales están reforzando toda una serie de postulados culturales que las sociedades modernas ha venido reconociendo y planteando desde hace mucho tiempo. Ahora bien, aun siendo así, aun siendo elementos previos al actual proceso social, son elementos que están adquiriendo un nuevo sentido, dado precisamente este nuevo contexto. Así, entre otros:

² “Los nuevos escenarios mundiales” (2002); “Los nuevos escenarios de la violencia” (2003); “Los nuevos escenarios en Europa. Bienestar social, Justicia y Bien Común” (2004).

- la secularización general del pensamiento y de la acción, pues éstos han quedado sometidos a criterios racionales la gestión de la convivencia y los propios comportamientos;
- el positivismo cientista que impone la razón empírica hasta copar lo real;
- el pragmatismo instrumental en el que todo debe servir para algo y que sólo da legitimidad a lo que aumenta los resultados de crecimiento material;
- la revolución técnico-científica pone las nuevas tecnologías en la cotidianeidad de la vida, y convierte la educación, la información y el conocimiento en el eje de la sociedad que revoluciona el trabajo, la organización social y el sistema de valores,
- la economía ocupa el centro de la vida social, poniendo los demás elementos de la sociedad a su servicio;
- el trabajo productivo y remunerado como la única forma de realización personal y de inserción social;
- el consumo y el tener como expresión del ser, la modernización como crecimiento de las macromagnitudes en todos los ámbitos de la vida, y todo ello como parámetros de lo que es bueno para la sociedad;
- la privatización de la vida y de la felicidad, de la libertad y de la religión, la defensa sin límites del yo individual sin memoria histórica, sin referencia a los demás;
- proclamaciones de la libertad y de los derechos humanos sin la correspondiente exigencia de los deberes pertinentes, pues la exigencia de derechos sin deberes es toda una ironía cuando nos situamos en el lugar de los excluidos y los pobres del mundo;
- cultivo de un apoliticismo que se decanta a favor de las relaciones sociales que pretenden la defensa de la situación lograda de forma privada, y que a lo sumo buscan las experiencias micro como únicos espacios considerados seguros, contra las dimensiones macro de la sociedad;
- mirada irónica y descreída ante la sociedad y los seres humanos, a favor de un escepticismo nihilista, sin referentes de sentido global que ahondan las crisis de búsqueda de sentido.

Elementos destacados de nuestro modelo social.

Estos postulados constituyen una base cultural que está contribuyendo a la conformación de un modelo de sociedad. A título de sugerencias para la reflexión se pueden señalar los rasgos siguientes por su gran influencia en el proceso histórico actual, por lo que deben ser tenidos muy presentes como marco de referencia de nuestra misión:

1. La estructura social es cada vez más compleja y dinámica, y aparecen nuevos ejes de desigualdad social ligados a la etnia, el género, la edad, el territorio, que convierten las necesidades sociales en algo más fragmentado, complejo e incierto. En la mayoría de las sociedades industriales avanzadas han aumentado las desigualdades sociales y han emergido nuevas realidades de pobreza y exclusión social.
2. Hemos pasado de un escenario de crecimiento sostenido a una nueva economía globalizada más inestable e incierta; desde las economías nacionales, al mercado-mundo que decide las posibilidades de los agentes económico-sociales

aprovechando la liberalización total del mercado de capitales y la revolución de las comunicaciones, y que busca un incremento de la productividad para conquistar nuevos mercados que buscan más de otras cosas; de un marco de seguridad laboral a un nuevo contexto de inestabilidad, temporalidad y precariedad en el empleo para amplios segmentos de la población.

3. Hemos pasado de un modelo económico desarrollista que pretendía extenderse y ser la solución para todos, a la crisis ecológica y demográfica que hace inviable extender este modelo de producción y consumo y que cuestiona los equilibrios eco-sociales dentro y fuera de los Estados. Cada vez más, tomamos conciencia del carácter finito de los recursos medioambientales, de la producción social de riesgos ecológicos. Revalorizamos la relación del ser humano con el medio natural.
4. Estamos transitando desde la estabilidad de las sociedades del bienestar, a sociedades en la que la presencia de la precariedad, la inestabilidad, y la inseguridad produce rupturas sociales, sociedades duales y fragmentadas en la extensión y en la protección de los derechos sociales en formas totalmente nuevas entre los integrados y los excluidos, poniéndose en cuestión el contrato social que aseguraba el modelo de producción y la contrapartida manifestada como protección social.
5. Las familias son cada vez más inestables, diversas y dinámicas. Aumentan las tasas de separación y divorcio, se reconstituyen nuevas unidades familiares, aparecen nuevas formas de convivencia en el hogar (monoparentalidad, parejas de hecho, parejas homosexuales...). La mujer se incorpora masivamente al mercado laboral y eso provoca cambios en las relaciones familiares y de género. La familia está viviendo, cada vez más, la variabilidad de la cultura de lo inmediato y del cambio.
6. La juventud y la vejez se alargan y se consolidan como etapas plenas de la vida y las visiones tradicionales del mundo entran en crisis. Aparecen nuevas necesidades de corte generacional y nuevos conflictos entre generaciones.
7. Los valores culturales experimentan, también, profundos cambios. Desde el pluralismo cultural de las naciones y de los pueblos, a la globalización mediática con un propósito uniformador en torno a determinadas necesidades culturales, políticas y económicas que aseguren el modelo del mercado-mundo. Pero también tomamos conciencia de valores como la sostenibilidad, la igualdad entre géneros, la convivencia comunitaria, la interculturalidad, la solidaridad con los países del Tercer Mundo, el derecho a participar, que van tomando fuerza y empiezan a proyectarse intensamente sobre las agendas públicas.
8. Movimientos migratorios masivos desde el sur hacia el norte del planeta conllevan la emergencia de un escenario social mucho más diverso culturalmente, más fragmentado, potencialmente enriquecedor, pero también conflictivo.
9. El Estado va perdiendo su monopolio regulador y simbólico tradicional, pues pierde poder hacia arriba (la globalización, la integración europea...); hacia abajo (las regiones, las ciudades...); y hacia los lados (nuevas agencias con poder de regulación). No sólo pierde poder político, sino también su monopolio como referente de identidad de la ciudadanía, pues estamos pasando de una organización social donde los agentes de participación política tradicionales, partidos y sindicatos, constituían cauces aceptados para la gestión de las demandas sociales, a otra situación en que muchas demandas sociales tienen como referentes otros movimientos sociales, organizaciones voluntarias. Cada

vez más, las identidades políticas y culturales toman un carácter multinivel: se refuerzan las identidades locales, regionales y comunitarias, así como las identidades supra-estatales y globales.

10. Hay que señalar el cambio desde una realidad multinacional en las relaciones internacionales con un centro de convergencia, ONU, a una ruptura de la dinámica internacional con el predominio cada vez mayor de una potencia hegemónica que pone en cuestión la cuestión de la autoridad mundial como una realidad multinacional.

Las dimensiones religiosas del cambio cultural.

Parece evidente que todo ello constituye una crisis cultural de una magnitud diferente; o sea, si tenemos en cuenta los cambios antes enumerados y cómo este nuevo contexto genera un reforzamiento de estos referentes culturales, no podemos decir que se trata sólo de unos cambios económicos y sociales con efectos culturales, sino que tienen un trasfondo muy profundo y alcanzan a tocar a elementos muy importantes de nuestro modelo cultural, de nuestra civilización en su forma actual.

Por ello, y para completar el cuadro de cambios que nuestra sociedad está experimentando, conviene dejar constancia de sus dimensiones religiosas, ya que no se puede obviar que el cuestionamiento de lo real, que estos elementos de la crisis cultural nos ha ido señalando, constituye la referencia más importante de los cambios que afectan al ámbito religioso. “Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa”, dice GS 7. Ya en el n° 4 nos decía que la metamorfosis social y cultural, “redunda también en la vida religiosa”.

No cabe duda de que esta constatación de GS sobre el influjo de las condiciones sociales sigue teniendo plena vigencia hoy. Y a ello podemos añadir algunas reflexiones sobre lo que está marcando el sustrato social y cultural con influencia en la actual vivencia religiosa. Así:

- el cristianismo está puesto en cuestión en cuanto soporte de una civilización desarrollista que, según unos, hace agua; o que, según otros, no lo necesita; o que, para otros, cuando lo necesita es para instrumentalizarlo;
- la consideración de la fe como asunto privado y su asimilación a situaciones sociales de mercado libre, como si de una “cesta religiosa de la compra” se tratase en las sociedades democráticas en las que existe pluralismo de cosmovisiones;
- el desplazamiento de las religiones a la periferia de la sociedad en el pensamiento y en la acción;
- la laicidad de la sociedad y de sus leyes, ante la relativización de las religiones por la competencia de otras ideologías, religiosas y filosóficas, con pretensiones de dar un sentido coherente a la existencia;
- la consideración por parte de la generalidad de la sociedad de la necesidad de acomodación de las religiones al sistema, ofreciendo el tipo de hombre y de valores que la ideología social les reclama.

En definitiva, como dice GS 10, “los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón

humano”. Por ello siguen vigentes las preguntas fundamentales que pretenden esclarecer el misterio del hombre y cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época; y sigue vigente que “ante la actual evolución del mundo son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales” (ibid). Porque la religión que no está en crisis es la de la total y absoluta gratuidad, del total y profundo desinterés, la religión del sentir, entender, amar y actuar puros, buscados en sí mismos y por sí mismos, cuyo fundamento y cuya clave nos remite a Cristo, “centro y fin de toda la historia humana”.